5 de diciembre 2020 -268

EL COLUMPIO

La niña se levantó temprano. Era un día normal ya final de otoño y muy próximo a la Navidad. Por eso el clima estaba muy frío y las noticias anunciaban lluvias e incluso nevadas por algunos sitio. Pero el día se presentaba con cielo muy azul y limpio por completo de nubes. Salió de su casa, caminó calle abajo y al llegar al quiosco de la esquina, se paró. De su bolsillo sacó unas monedas y compró un puñado de cacahuetes, algunas almendras y nueces. Puso estos frutos en su mochila, dio media vuelta y despacio subió por la calle. No tardó en salir de la ciudad y, un poco después, llegó a la casa.

Cerca de la robusta y ampulosa noguera, tomando el sol, estaba el anciano cuando ella llegó. Lo saludó, sacó de su mochila los frutos que momentos antes había comprado y se los dio al anciano al tiempo que le decía:

- Sé que te gustan estos frutos y por eso te los traigo. Cométėlos porque tú sabes que estos alimentos son sanos y te dan energía.

EL abuelo agradeció a la nieta lo que ella le daba y agradeció al cielo su presencia. En la soledad de la mañana y bañado por los primeros rayos de sol del nuevo día, la presencia de la niña, le llenaba de paz y profundo gozo. La mayor más limpia felicidad que la vida podía darle. Por eso cogió los frutos que la nieta le entregaba y en silencio, comenzó a saborearlo.

Dejó ella su mochila junto al anciano y se fue derecha a la rama de la vieja noguera. Una gruesa rama que, desde la cruz del árbol, caía para abajo retorcida como en media luna. Desde hacía mucho tiempo, siempre que venía a darle compañía a su abuelo, se acercaba a esta original rama de la noguera, se agarraba a ella y se ponía a columpiarse. El abuelo la observaba y se sentía dichoso, feliz como el más afortunado en este mundo. Y esta mañana, esto fue lo que hizo ella. Puso su manos en la curva de la rama, se colgó muy confiada y comenzó a columpiarse al tiempo que preguntaba al abuelo:

- ¿Algún día se le romperá a esta noguera esta original rama?

Dijo el abuelo:

- Esta noguera, la sembró mi padre el día que nací yo. La rama que es tu columpio, le brotó a este árbol, el día que naciste tú y desde entonces, ella es mi alma. El día que muere yo, se desgajará para siempre en este suelo la rama de tu columpio. Pero allá en cielo, en mi alma, eternamente yo seguiré meciéndote